

UN CURSO DE MILAGROS

Para encontrar al propio maestro interno. Énfasis en la aplicación práctica, en la experiencia, más que en la teología.

“Una teología universal no es posible, una experiencia universal, no es sólo posible sino necesaria”.

Consta de 3 partes: Texto, Libro de ejercicios y Manual para el Maestro.

El texto es teórico, expone los conceptos en los que se basa el sistema de pensamiento del curso. Sin los ejercicios no producirían el cambio de mentalidad que es la meta del curso. El Manual aclara dudas.

¿Qué postula?: Nada real puede ser amenazado. Nada irreal existe. En esto radica la paz de Dios.

Existe la Verdad, regida por una sola ley, la del Amor o Dios, inalterable, eterna e inequívoca. Y está el mundo de las percepciones, del tiempo, los cambios, los comienzos y finales, basado en interpretaciones y no hechos. Un mundo de nacimientos y muertes basado en nuestra creencia en la escasez, en la pérdida, en la separación y en la muerte.

En el ámbito del conocimiento, Dios y su creación comparten una sola Voluntad. El mundo de la percepción se basa en la creencia en opuestos, en voluntades separadas y en su perpetuo conflicto entre ellas y entre ellas y Dios.

Atrapados en el mundo de la percepción vivimos un sueño del que sólo podremos despertar con ayuda del Espíritu Santo. El recurso de aprendizaje es el perdón.

La proyección da lugar a la percepción. Distorsionamos el mundo con absurdas defensas.

El pecado no es más que falta de amor, un error que debe ser corregido. El principio de escasez rige el mundo de las ilusiones. Buscamos en el otro lo que consideramos que nos falta a nosotros. Amamos a otro con objeto de ver qué podemos sacar de él. El amor es incapaz de exigir nada.

El “pequeño yo” procura engrandecerse obteniendo del mundo externo aceptación, posesiones y “amor”. El Ser que Dios creó no necesita nada. Está eternamente a salvo y es eternamente íntegro, amado y amoroso. Busca compartir en vez de proyectar. No tiene necesidades de ninguna clase y sólo busca unirse a otros que, como él, son conscientes de su propia abundancia. Las relaciones especiales que se establecen en el mundo son destructivas, egoístas e infantilmente egocéntricas. Más si se le entregan al Espíritu Santo, pueden convertirse en lo más sagrado de la tierra: en los milagros que señalan el camino de retorno al Cielo. El mundo utiliza las relaciones especiales como el último recurso a favor de la exclusión y como una prueba de la realidad de la separación.

La percepción es una función del cuerpo, y, por lo tanto, supone una limitación de la conciencia. El cuerpo responde a las intenciones de la mente. Si la mente lo utiliza para atacar, el cuerpo se convierte en la víctima de la enfermedad. Lo opuesto es la visión de Cristo, la cual refleja fortaleza en vez de debilidad, unidad en vez de separación y amor en vez de miedo. Su voz nos parece distante y difícil de oír porque el ego, que habla a favor del yo falso y separado, parece hablar a voz en grito.

A través de la visión de Cristo, el pecado se convierte en una petición de ayuda, en una falsa percepción.

Nos encontramos en la jornada de regreso a Dios. El cielo es el estado natural del hijo de Dios tal como El lo creó.

El perdón nos permitirá recordar, cambiará la forma de pensar del mundo, nos permitirá perdonarnos a nosotros mismos ya que al no mantener a nadie prisionero de la culpabilidad, nos liberamos.

Al reconocer a Cristo en cada uno, reconoceremos Su Presencia en nosotros. Al olvidar todas nuestras percepciones erróneas, y al no permitir que nada del pasado nos detenga, podemos recordar a Dios. El aprendizaje no nos puede llevar más allá. Cuando estemos listos, Dios Mismo dará el último paso que nos conducirá de regreso a Él, al punto en que se cometió el error, y en entregárselo allí a la Expiación en paz.